

## EXPOSICIONES EN LA BIBLIOTECA LUIS-ANGEL ARANGO

---

JUSTO AROSEMENA

Escribe: EUGENIO BARNEY CABRER.

Es posible y laudable expresar pensamientos sublimes con palabras sencillas. Pero es ordinario utilizar vocablos brillantes para decir lugares comunes. Este lugar común de la retórica se hace extensivo a las artes plásticas, en donde ocurren con mayor frecuencia de la sospechada, las formas elegantes vacías de contenido. Y, sobre todo, formas repetidas en sistemáticos parangones de estilo universalista, de suerte que la producción individual resulta anodina y de epígonos. Pues la mayor dificultad radica en poseer estilo que diga ideas propias así sea con formas universales. O, en otras palabras, el estilo de la época, cada vez más en boga, entorpece y dificulta el dictado de los íntimos sentimientos. Por donde se ve a qué renunciamientos tan dramáticos está dispuesto el artista joven que opta por formas generalizadas.

Notorio afán de la juventud es, además, el de buscar cosas nuevas. Buscar es haber perdido, y el joven por serlo aún, carece y ha carecido de patrimonio propio diferente al potencial talento. O, también, buscar es saber con anticipación qué se busca. Es decir, tener en el entendimiento la imagen de la aguja perdida en el pajar. Apriorísticamente, quien busca posee la medida de lo buscado. Por ello Picasso, "el más joven" de los artistas contemporáneos a pesar de su longevidad, ha dicho que él nunca "buscó", pero sí que "encontró". Porque encontrar es lo imprevisto, aquello que no existía en el pensamiento. Buscar es ir por la aguja al pajar del lugar común. Encontrar es poseer de imprevisto la rara gema que brilla en el camino por donde todo el mundo transita, pero que fue ignorada por todo el mundo. De esta suerte, el consejo picassiano de encontrar, en vez de buscar, parece que sea el más oportuno para esta juventud artística de la hora de ahora que anda desenfundada escudriñando texturas, elementos, cromatismos en el universal pajar de las artes plásticas contemporáneas.

No se puede, sin embargo, sustraer el hombre al estilo que impera en su época. Pero tampoco debiera evitar las fuentes que configuran, o acaso pudieran constituir las características de la escuela circunstancial. Es decir, aquellas que dejan el impacto del modo de ser colectivo dentro de un espacio determinado. Aunque no siempre resultan precisas y concretas en complejos culturales de reciente formación o de imperfecta e híbrida tradicionalidad. Pero el artista sí puede y debe perseguir esas características para ver de cristalizarlas más tarde en acervo que sea don para futuras generaciones. Acaso allí radique una de sus más importantes y perdurables misiones. Y no, simplemente, en repetir formas que ningún testimonio dejan diferente del de imitar gestos ajenos o significar circunstancias extrañas.

Pero es que, además, el estilo de la época no cohibe al artista para encontrar expresiones propias. Más bien lo exalta y aguijonea para que supere las dificultades del lenguaje universal. Lenguaje que habla de igualdades genéricas de este genérico hombre frustrado que sufre hambres, guerras, violencias, coacciones de toda índole. Y que, cuando ha creído superarlas, huérfano de fantasías, solo tienen anhelos de cosas sonoras, de objetos brillantes, de enseres cromáticos, de formas heterogéneas que se ensamblan caprichosamente. ¿Qué importancia, entonces, puede tener para ese hombre desolado, masivo, igualitario, la llama poética que enciende el entendimiento y eleva los corazones? La total importancia de un "mito" esperanzado. Promesa que solo el artista está en capacidad de donar a su frustrada especie contemporánea.

Justo Arosemena busca formas, elementos, expresiones que otros han utilizado, perdido, vuelto a encontrar en serie innumera de gestos, maneras y modos pictóricos. Sin embargo, esta manifestación no es censurable por ella misma, sino cuanto se la repite por enésima vez, sin agregarle ideas nuevas, sentimientos diferentes, estilo propio de manera que el de la época, decae y enmudece perdiendo su original elocuencia. No se trata, empero, de condenar las influencias por ellas mismas. Sino de alertar contra las repeticiones vanas e inútiles. Porque muchas de las injustas críticas a que se ha hecho acreedora la tendencia actual del arte, se deben no a sus genuinos intérpretes y fundadores, pero sí a los satelitales seguidores de otros mundos empobrecidos sobre el potosí de formas, de elementos, de humanidad en que viven con ceguera ocasionada por los reflejos ultramarinos.

Justo Arosemena es artista de talento y de sensibilidad pero hasta ahora ha renunciado a sus propias posibilidades. Sin embargo, no es ejemplo único el suyo. Síntoma y signo de un acontecer artístico, su caso es semejante a otros de continuas frustraciones. Y su facilidad, es virtud de tierra fértil en donde el grano cae y germina libremente sin el cultivo amoroso y permanente del labriego. Exuberantes sus frondosidades, pero estériles sus fructificaciones. ¿Por qué no se labra el surco, poda las frondas, endereza los gajos, recorta las exuberancias para que sazonen y cuajen los frutos en oportuna primavera?

La exposición de Justo Arosemena presentada en la Sala de la Biblioteca Luis-Angel Arango, es promisoría de encuentros definitivos, pero fue frustrada muestra de generalidades abigarradas y precoces. La improvisación parece ser su principal defecto, y el lugar común su endémica enfermedad. Monotonía en la sala, salvo dos o tres óleos de sugerente laboriosidad en donde el impacto de su temperamento artístico, juvenil y ardoroso, dejó el testimonio de un mundo nuevo: la coruscante, carnosa, sensual y dramática circunstancia que seguramente el artista ha vivido en 'su' propio universo.

Y esos tres óleos son la verdadera expresión y el aliento esperanzado que este artista ofrece, de manera segura, en futuras exposiciones.